

Martín y maltratado á los monjes, repasan el Loira cargados de botín; ya en el río, sus remos se rompen, y sus lanzas, que como remos quieren utilizar, se hunden en sus pechos, no salvándose entre todos ellos más que uno que había querido desuadirles de la sacrilega empresa. Un magnate de Sigeberto, que había robado una tela de seda que cubría la tumba de San Dionisio, perdió á su hijo y murió antes de cumplirse el año de aquel hecho. «Apréndan los pueblos, dice Gregorio de Tours, que nadie debe codiciar ni sustraer los bienes de la Iglesia, porque verá caer rápidamente sobre él el fallo de Dios.»

Los escritores de aquel tiempo ensalzan con frecuencia el conocimiento que de las leyes divinas y humanas tienen los obispos. La Iglesia, en efecto, retiene una parte cada vez mayor de la justicia, ora se trate de procesos entre clérigos, ora entre clérigos y laicos. Luego son asimilados á los clérigos los protegidos de la Iglesia, los libertos, las viudas, los huérfanos, y más adelante la Iglesia se apoderará hasta de las causas relativas á los testamentos y á los matrimonios. A la acción oficial se añade la intervención oficiosa de los obispos, quienes quitan á los condes los acusados y los presos, y á quienes la realza misma llega á investir de un derecho de inspección sobre las sentencias de aquéllos. «Si un juez, dice el edicto de Clotario II, ha condenado injustamente á alguien contra la ley, en nuestra ausencia, sea reprendido por los obispos á fin de que, previo un nuevo examen, pueda enmendar lo que había sentenciado mal.» En la iglesia se formulan, aun tratándose de materias jurídicas, los más solemnes juramentos, y no se deja nunca de referir cómo la justicia divina castiga á los embusteros y á los perjuros. Como el orden público está mal garantizado, la gente se complace en creer que los mismos santos ejercen las funciones policíacas y se les quiere obligar á que las desempeñen: después de haberse cometido un robo en la iglesia de Santa Colomba, Eloy conjura á la santa y hasta la amenaza, diciéndole: «Si no haces que sean restituídos los objetos robados, mandaré cerrar la puerta de tu iglesia con montones de espinas.»

Los templos son asilos sagrados que no pueden violarse impunemente: cuando la expedición de Gontrán contra Gondoaldo, en 585, los habitantes de Agén se refugian en la iglesia de San Vicente, cuyas puertas rompen los soldados, entregándose luego al saqueo y á la matanza; «pero este crimen, dice Gregorio de Tours, fué muy pronto castigado: los unos, cogidos por el demonio, perecieron en el Garona; otros murieron de frío ó de diversas enfermedades. En la comarca de Tours he visto á algunos que tomaron parte en aquel acto y que se veían torturados por dolores intolerables, confesando muchos de ellos que Dios les había castigado. De este modo defiende Dios á los santos.» Los mismos criminales estaban salvados desde el momento en que pisaban aquel suelo sagrado. Este derecho de asilo daba origen á muy extrañas costumbres; así por ejemplo, algunos personajes ilustres, para librarse de sus enemigos, se instalaban con sus secuaces en las basílicas, en las casas episcopales, y turbaban el reposo de aquellos santos lugares con el ruido de sus cantos y de sus banquetes. Durante el episcopado de Gregorio de Tours, Gontrán Bosón, perseguido por el odio de Chilperico, se

refugió en la basílica de San Martín; en vano amenazó Chilperico con pegar fuego á la ciudad y á sus alrededores, pues muy pronto el hijo del rey, Meroveo, se reúne con Bertrán y, á pesar de sus violencias, el obispo los protege con su patronato.

La Iglesia, para castigar las infracciones de sus leyes, dispone de penas temidas, sobre todo la excomunión que separa al culpable del número de los fieles. A veces, con objeto de impresionar más vivamente las imaginaciones, cierra la iglesia en donde se ha cometido un crimen ó suspende la vida cristiana en toda una ciudad; así después del asesinato del obispo Pretextato, «Leudovaldo, obispo de Bayeux, mandó cerrar las iglesias de Ruán; el pueblo no debía asistir á las solemnidades divinas hasta tanto que se descubriera al autor del crimen.»

III.—El cristianismo y las costumbres paganas. La devoción popular (1)

En tanto que el Oriente hállase perturbado aún por las disputas teológicas, en la Galia han cesado ya las agitaciones de este género; el clero es demasiado ignorante para interesarse en ellas. El odio al arrianismo subsiste fomentado por los fieles españoles á quienes las persecuciones religiosas han obligado á buscar en la Galia un refugio; y los judíos, diseminados por muchas regiones de Francia, especialmente por las ciudades comerciales, son objeto del odio popular; no pueden desempeñar funciones públicas, sobre todo financieras; se les amenaza con penas severas si tratan de convertir á sus esclavos cristianos, y les está prohibido casarse con católicos. Childeberto les prohíbe que se presenten en las plazas durante las fiestas de Pascua, sin duda para evitar colisiones, y Chilperico quiso obligarles á que se bautizaran, si bien esto fué un acto excepcional, y aunque Dagoberto reprodujo en 629 esta orden, lo hizo, según parece, en cumplimiento de las órdenes del emperador Heraclio. Por otra parte, no vemos que esta clase de edictos se aplicaran rigurosamente; el espíritu de persecución brutal no se desarrolló con toda su fuerza hasta más tarde, pero ya se anuncia de cuando en cuando por actos de violencia.

Grave y dura fué la lucha contra el paganismo. El cristianismo había desaparecido casi de las regiones del Norte y del Este, en donde los germanos se establecieron en masa. San Wast en el siglo VI y posteriormente San Amando, San Eloy, San Omer, San Lupo y Ursmar, emprendieron la conquista religiosa del Norte: esta obra no dejaba de ser peligrosa y ningún sacerdote se atrevía á aventurarse por el país de Gante, tan salvaje era la región y tan feroces sus habitantes; pero San Amando afrontó el peligro, y aunque sus compañeros le abandonaron y fué arrojado al agua, con su actividad y su caridad conquistó á aquellas poblaciones

(1) Además de las obras ya citadas: Le Brun, *Histoire critique des pratiques superstitieuses*, 1732. Maury, *La magie et l'astrologie dans l'antiquité et au Moyen Age*, 1860; *Croyances et légendes du Moyen Age*, nueva edición de las *Fées* por Longnon y Bonet-Maury, 1896; los comentarios de Caspari en sus ediciones del *De correctione rusticorum*, de Martín de Bracara, Cristianía, 1883, de la *Homilia de sacrilegiis*, 1861, de los *Dicta abbati Priminii* en sus *Kirchenhistorische Anekdota*, tomo I, 1883; Gaidoz, *La rage et Saint-Hubert*, 1887.

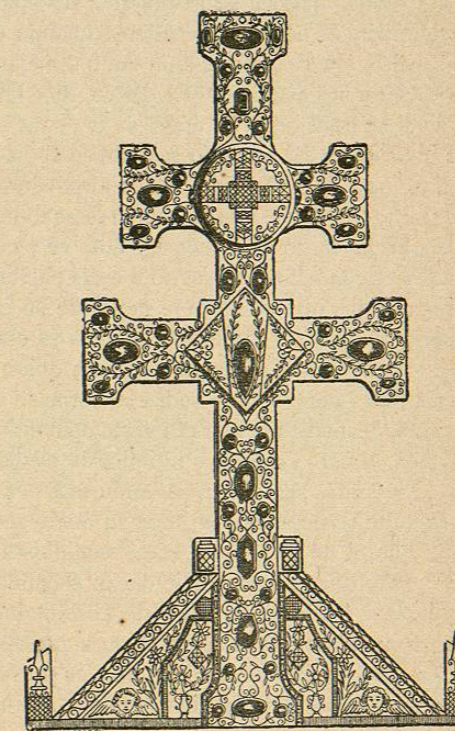
que pidieron en masa el bautismo y destruyeron los templos y los ídolos. Sin embargo, en esa Flandes que ahora es una de las fortalezas del catolicismo, no se establecieron con carácter permanente los monasterios hasta mucho después, á partir del siglo XI. En el Sudoeste, en Vasconia, San Amando llevó el cristianismo á los desfiladeros de los Pirineos; en el Sudeste, en donde nació el cristianismo galo, no triunfó completamente, como lo prueba el hecho de que un obispo que se embarcó para Italia se encuentra ser el único cristiano entre labriegos paganos.

Las actas de los concilios demuestran cuánto preocupa á los obispos esta persistencia de los antiguos cultos; en efecto, en ellas se condena á los que, después de haber recibido el bautismo, vuelven á la idolatría y los presentan invocando á los demonios, comiéndose las carnes de los animales inmolados para éstos y reuniéndose en torno de las rocas, de los árboles y de las fuentes á los mismos consagrados. Los reyes confirman la acción de los concilios: «Creemos, dice Childeberto I en un edicto, que está en nuestro interés y en el de nuestros súbditos que el pueblo cristiano, abandonando el culto de los ídolos, se consagre al culto de Dios... y como es necesario que la plebe que no atiende las recomendaciones de los obispos sea corregida por nuestro poder, hemos resuelto promulgar en todas partes el presente edicto. Todos aquellos que después de advertidos no derriben en la extensión de sus campos los monumentos y las estatuas consagrados por los hombres á los demonios, ó impidan á los sacerdotes que lo hagan, presentarán fiadores y habrán de comparecer ante nos.» En 626 ó 627 un concilio habla todavía en términos concretos de paganos en contraposición á los cristianos; sólo á partir de mediados del siglo VII no se habla más de ellos.

Aunque la existencia de paganos es indiscutible, la verdad es que no representan un culto regularmente organizado; las más de las veces se trata de prácticas supersticiosas que atestiguan el apego tradicional del pueblo á viejos santuarios, á ídolos reverenciados, á sitios consagrados por las generaciones anteriores (1), y aun frecuentemente, por una confusión grata al espíritu popular, estas prácticas se mezclan con las fiestas y ceremonias religiosas y se celebran en las iglesias ó en sus inmediaciones. El origen de las mismas, por otra parte, es en muchos casos obscuro, siendo siempre difícil distinguir en ellas el paganismo clásico del paganismo bárbaro. En las Ardenas, cubiertas de espesas selvas caras á los dioses germánicos, lo que San Huberto quiere destruir á fines del siglo VII y principios del VIII son sin duda los restos del culto de Odín ó de Wodán, cuyo recuerdo se ha conservado tal vez en las leyendas medioevales del «cazador negro» que recorre los bosques con su jauría. El misterioso terror que de la selva se exhala aumenta la resistencia de los antiguos cultos con ella enlazados; la selva asusta y encanta al mismo tiempo, y al penetrar en sus espesuras se siente el poder de los proscritos dioses que en éstas han encontrado asilo. Diana se convierte en diosa de las brujas, y preside sus sábados y sus extrañas cabalgatas en el silencio de las noches. Por otra parte, subsiste el culto

(1) Véase anteriormente, págs. 240 y 241.

de los lagos, de las rocas, de los árboles y de las fuentes: «en el Gevaudán todos los años, en una fecha fija, los aldeanos, montados en carros, se reúnen en el lago Saint-Andeol y permanecen allí tres días sacrificando animales, celebrando festines,» haciendo libaciones y arrojando al agua ofrendas consistentes en pedazos de tela, vellones de lana, quesos y panes. Para desviarles de estas prácticas un obispo de Javols construyó en aquel sitio una iglesia de San Hilario, pero la costumbre pudo más y en el siglo pasado todavía se encontraban huellas de tales usos. Si hemos de dar crédito al



Cruz esmaltada atribuida á San Eloy

historiador griego Procopio, los francos realizaron en el siglo VI sacrificios humanos para leer el porvenir en las entrañas de las víctimas, y aunque este dato no puede admitirse sin reservas, es cierto de todos modos que se sacaban augurios del trueno y del vuelo de los pájaros y que se recurría á las brujas.

Estos restos paganos aparecen á cada instante en los actos de la vida ordinaria. Considerar el 1.º de enero como el día inicial del año y celebrarlo con regalos y mascaradas, encender cirios en las encrucijadas, colgar coronas de laurel en las puertas, derramar trigo y vino sobre un leño ardiendo, son prácticas que reprueba la Iglesia, pero de las cuales más de una ha sobrevivido. En los entierros subsisten la mayor parte de los antiguos ritos, tales como la exposición del cadáver, las lamentaciones funerarias, el óbolo para Caronte que se coloca en la boca del muerto, y las armas, los jarros y las joyas depositados en la tumba.

Y sin embargo, la Galia franca se ha hecho cristiana; su suelo se llena de templos y de oratorios, la multitud acude á misa y á los oficios, y las leyes civiles, como los cánones de los concilios, prescriben el descanso dominical y castigan á los que no lo observan. Pero la piedad de aquella época más bien es temor que amor y se consagra sobre todo á un Dios terrible y duro

que vigila rigurosamente el mundo y castiga sin compasión; y los hombres de aquel tiempo, siempre dispuestos á la violencia y á los crímenes, viven en continua zozobra por miedo á la divina venganza. El carácter sombrío que reviste la religión explica el poder creciente que se atribuye al demonio, y el clero explota este sentimiento. En los escritos hagiográficos se habla continuamente de los endemoniados, de los energúmenos que acuden á las iglesias implorando su curación. El diablo acecha todas las almas, diciéndose que hasta ha querido apoderarse de la de San Martín; y Severino, obispo de Colonia, que así se lo refiere á sus clérigos, añade: «¿Qué será de nosotros, pecadores, cuando el espíritu del mal ha querido dañar á un santo semejante?» ¿Cómo escapar á sus astucias? «El diablo, dice Gregorio de Tours, se transforma en ángel de luz para engañar á los inocentes.» El demonio se aparece al diácono Secundellus, que vive recluso en los alrededores de Metz, y le dice: «Yo soy el Cristo á quien rezas todos los días; te has hecho santo y por consiguiente vé y cura á los pueblos.» Secundellus da crédito á estas palabras y se hace preciso que otro solitario le saque de su error. Para designar al diablo el sacerdote emplea ya esa palabra vaga y terrible, «el enemigo,» aquel á quien hay que temer á todas horas y bajo todas las formas (1).

En el culto, Jesucristo ocupa el puesto de honor; sin embargo, está, al parecer, lejos é intimidada la piedad de los fieles. Los santos, según parece, están más cerca, y por esto su culto se desarrolla en toda su fuerza al mismo tiempo que el de la Virgen: estos semidioses del catolicismo substituyen á las divinidades secundarias de la mitología y los hay que han sido absolutamente creados para prestarse á esas adaptaciones populares; así como en otro tiempo ciertas divinidades presidían las funciones y los actos de la vida cotidiana, así también los santos más populares son aquellos á quienes la devoción atribuye un papel especial, el de curar una enfermedad determinada el uno, el de hacer encontrar los objetos perdidos el otro. Muy pronto cada ciudad y aun cada industria y cada clase de trabajadores tendrá su patrono, del mismo modo que los colegios de la gente común se decían en el tiempo del Imperio devotos de Silvano ó de Pan. San Pedro, San Pablo y los evangelistas son venerados, pero lo son particularmente los santos galos que por ser compatriotas inspiran mayor confianza. Gregorio de Tours en el *De gloria martyrum* pasa revista de ellos y nos presenta al clero y á las poblaciones buscando sus tumbas y construyendo basílicas adonde afluyen los peregrinos. Se relatan las intervenciones y las apariciones en las cuales se basa la creencia de que se mezclan en la vida diaria y suavizan sus miserias y todo el que se siente lesionado recurre inmediatamente á ellos, como á un tribunal de apelación celeste.

De todos los santos el más popular sigue siendo San Martín: su basílica de Tours es el centro religioso de la Galia y á ella acuden gentes de todas las regiones; los enfermos llenan el atrio, citándose el caso de un paralítico que permaneció allí ocho años tendido en un

(1) Es, sin embargo, curioso observar que, al hablar de este enemigo tan temido, el espíritu galo ya se envalentona á veces y se lanza á esas bufonadas que harán las delicias de la Edad media y que de allí se transmitirán á los Callot y á los Teniers.

carro; y la leyenda del santo adquiere tales proporciones que se llega á considerarle como el apóstol de los bárbaros germanos y eslavos. «Gracias á ti, escribe Martín de Bracara, el alaman, el sajón, el thuringio, el pannonio, el rugo, el eslavo, el naro, el sármata, el ostrogodo, el franco, el burgundio, el dacio y el alano se regocijan de conocer á Dios.» Pero otras muchas tumbas llegan á ser también el objetivo de numerosas peregrinaciones, por ejemplo, las de los mártires de Ainay, de San Epipodo y de San Alejandro en Lyon, de San Julián en Brives, de San Dionisio en París, á las cuales se hacen donaciones y en las que se encienden cirios. A menudo, algunos peregrinos graban en el mismo altar su nombre junto con una corta plegaria á fin de dejar un recuerdo de su paso; así los altares de San Pedro del Ham, cerca de Valognes, y de San Rústico de Minerva en el Herault, están cubiertos de inscripciones de este género. Otros, cuya piedad es más aventurera, pasan los Alpes y van «al umbral de los apóstoles Pedro y Pablo,» *ad limina apostolorum*, y descienden á las catacumbas ó llegan hasta Oriente. Gregorio de Tours afirma haber visto muchas personas que se habían curado bañándose en el Jordán, y uno de sus predecesores, el obispo Licinio, había visitado Jerusalén y los Santos Lugares.

La facilidad con que eran acogidas las leyendas piadosas y las descripciones de milagros suscitaba impostores, como aquel Didier que en Tours, en 587, decía estar en relaciones con San Pedro y San Pablo por medio de mensajeros, se igualaba á los apóstoles y se colocaba por encima de San Martín; muchas gentes sencillas creyeron en él y fueron sus víctimas. Otro, en Auvernia, hizo pasar por Jesucristo y sedujo á una muchedumbre inmensa no sólo de labriegos, sino hasta de sacerdotes, logrando que le siguieran más de tres mil adeptos.

No menos que en los santos se cree en las reliquias: los obispos se afanan por procurárselas, y cuando las reciben celebran grandes fiestas. Namacio, obispo de Clermont, ha enviado á Bolonia á uno de sus sacerdotes para tener reliquias de los santos Agrícola y Vital y al regresar el mensajero los habitantes de la ciudad salen á recibirle con cruces y cirios. Radegunda organiza una verdadera misión y sus emisarios van á Oriente á recorrer tumbas de santos y confesores. Y no falta quien considera hábil asegurarse la complicidad de las reliquias para llevar á cabo malas acciones; tal hizo Chilperico cuando entró en París á pesar de su juramento (2). En defecto de los restos de los mártires, conténtanse las gentes con objetos que han estado cerca de ellos, como por ejemplo el aceite de las lámparas de sus santuarios, las telas que cubren sus sepulcros, las plantas, las hojas de los árboles que crecen en las inmediaciones y el agua de la vecina fuente. Algunos raspan la losa funeraria y mezclando este polvo con agua utilizan esta bebida como medicina que sana todas las enfermedades. En una ciudad por donde pasa San Amando, el obispo manda guardar el agua con que aquél se ha lavado las manos y se la da, para que con ella se frote los ojos, á un ciego que recobra la vista. Y sin embargo, Gregorio de Tours, de quien tomamos la

(2) Véase anteriormente, pág. 295.

mayor parte de estos ejemplos, se la echa de crítico y declara que no acepta sin examen los milagros que se le refieren. ¿Cuál no debía ser, pues, la credulidad popular?

La Iglesia sirve de excusa para otras muchas supersticiones. Las Sagradas Escrituras se utilizan en substitución de los oráculos; la gente las abre al azar, y del primer versículo en que se fijan sus ojos deducen la revelación de su destino: Meroveo, perseguido por el odio de su padre Chilperico, coloca sobre la tumba de San Martín los libros de los Reyes, los Salmos y los Evangelios, y después de haber ayunado y orado durante tres días, abre los manuscritos: «Dios, dice el primer versículo que lee, os ha entregado en manos de vuestros enemigos,» y desde entonces considera segura su pérdida. Y es en vano que los concilios condenen esta costumbre, pues hasta el mismo clero recurre á ella. El duelo se convierte en un medio de obligar á Dios á que designe al culpable; Gontrán Bosón, acusado de traición ante el rey Gontrán, exclama: «Si alguien quiere sostener la acusación, que se presente y entonces apelaré al juicio de Dios, quien decidirá entre nosotros cuando nos vea combatir.» La Iglesia acepta las *ordalías* de origen germánico, de que ya hemos hablado, las consagra por medio de oraciones y de fórmulas litúrgicas y hasta las practica. Un presbítero arriano y un diácono católico, después de una discusión teológica, convienen en someterse al juicio de Dios, para lo cual se echará una sortija en un lebrillo de agua hirviendo puesto sobre un fuego ardiente y se considerará vencedor al que logre sacarla.

La religión popular es, pues, ruda y grosera y está llena de prácticas y de supersticiones. Se ha observado que la mayoría de las palabras que expresan las enseñanzas de la religión han salido directamente del latín erudito sin pasar en su origen por formas populares (1).

La ignorancia de los fieles es extremada. Así como antes la Iglesia sólo admitía al bautismo á los que habían recibido la instrucción de los catecúmenos, ahora prevalecía la costumbre de administrarlo á los recién nacidos. El clero se veía obligado á apartar de la comunión frecuente, que antiguamente constituía la regla general, á aquellos, demasiado numerosos, que por el desorden de su conducta le parecían insultar al sacramento. «La mayor parte de los fieles, dice San Cesáreo desde principios del siglo VI, salen de la iglesia en cuanto han terminado las lecturas y antes de que terminen los divinos misterios; es más, casi todos lo hacen así.»

IV.—Las letras (2)

En medio de aquella sociedad bárbara la cultura intelectual se debilita, y en el transcurso del siglo VI agonizan las últimas escuelas laicas, á las cuales substituyen las escuelas episcopales y monásticas, cuya organización es, empero, rudimentaria. A veces el archi-

(1) Gastón París, *La littérature française au Moyen Age*, 1900, págs. 13 y siguientes, ha indicado con mucha exactitud los rasgos dominantes de esta religión popular.

(2) *Histoire littéraire de la France par les Bénédictins*, tomos III y siguientes. Ampere, *Histoire littéraire de la France avant le XII^e siècle*, tomo II, 1839. Ebert, *Histoire de la litté-*

diácono es el encargado de instruir á los niños, pero en algunos casos éstos son confiados á un maestro de ocasión, reduciéndose el papel de tales maestros á enseñar lectura y escritura y algo de los libros sagrados, enseñanzas á las cuales los más sabios añaden el conocimiento de algunos autores profanos y cristianos y de las leyes romanas. En tales condiciones pudo un tal Andarquo pasar por hombre instruido porque conocía Virgilio y el código Teodosiano y sabía calcular. Desde aquella época, el *Satyricon* de Marciano Capella sirvió como de manual para la enseñanza de las siete artes que constituía la enseñanza superior durante la Edad media: gramática, dialéctica, retórica, geometría, astrología, aritmética y música.

Entre los escritores de aquel tiempo ninguno presenta el interés que Gregorio de Tours, en cuyos escritos revive entera la sociedad merovingia. Nacido hacia el año 538, fué nombrado obispo de Tours en 573 y murió en 594. Su padre, Florencio, pertenecía á la aristocracia galo-romana, y Gregorio se complace en repetir que en toda la Galia no había familia de mejor origen que la suya. Fué un pastor bueno y valiente; caritativo con sus fieles y siempre dispuesto á defender sus intereses, habla de ellos con ternura conmovedora. Cuando narra la epidemia que asoló la Galia en 580, dice: «Hemos perdido á los dulces y queridos niños á quienes habíamos dado calor en nuestro seno, llevado en nuestros brazos y alimentado solícitamente con nuestras manos.» Los humildes le quieren; en muchas ocasiones obtiene para los de Tours rebajas de impuestos, y se muestra valeroso é independiente en frente de los reyes francos, de lo cual hemos visto anteriormente algunos ejemplos.

Gregorio se encuentra en condiciones admirables para escribir la historia de su tiempo, que en gran parte ha visto desarrollarse ante sus ojos; además ha recorrido muchas regiones de la Galia y ha mantenido relaciones con los personajes más notables. Dotado de un espíritu investigador, agrádale hacer hablar, recoger narraciones, informarse de los acontecimientos y anotar todo lo que averigua. A su *Historia de los Francos*, cuyos diez libros llegan hasta el año 591, se agregan numerosos escritos hagiográficos, ricos en detalles sobre las costumbres, las ideas y las creencias del siglo VI (3); pero si escribe mucho, se excusa de ello, porque está convencido de su ignorancia. No se crea, sin embargo, que es inferior á sus contemporáneos, sino que ha sido cuidadosamente educado, pudiendo juzgarse por la suya lo que en aquel entonces era una buena educación, aprendió á leer y á escribir á la edad de ocho años, y

ture latine du Moyen Age en Occident, traducción Aymerich y Condamín, tomo I, 1883. Wattenbach, *Deutschlands Geschichtsquellen*, sexta edición, tomo I, 1893. Loebel, *Gregor von Tours und seine Zeit*, 1869. Monod, *Etudes critiques sur les sources de l'histoire mérovingienne*, 1872. Rajna, *Le origini dell'epopea francese*, 1884. Kurth, *Histoire politique des Mérovingiens*, 1893. Bonnet, *Le latin de Gregoire de Tours*, 1890. D'Arbois de Jubainville, *La déclinaison latine en Gaule à l'époque mérovingienne*, 1872; *Etudes sur la langue des Francs à l'époque mérovingienne*, 1900. Brunot, *Origines de la langue française*, en el tomo I de la *Histoire de la littérature française*, publicada bajo la dirección de Petit de Julleville.

(3) *In gloria martyrum; De passione et virtutibus sancti Juliani; De virtutibus sancti Martini; Vita Patrum; In gloria confessorum*, etc.